

# EL SUEÑO DEL OTRO

Juan Jacinto Muñoz Rengel



JUAN JACINTO MUÑOZ RENGEL

# EL SUEÑO DEL OTRO

PLAZA  JANÉS

© Random House Mondadori  
[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

El papel utilizado para la impresión de este libro ha sido fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones gestionadas con los más altos estándares ambientales, garantizando una explotación de los recursos sostenible con el medio ambiente y beneficiosa para las personas.

Por este motivo, Greenpeace acredita que este libro cumple los requisitos ambientales y sociales necesarios para ser considerado un libro «amigo de los bosques». El proyecto «Libros amigos de los bosques» promueve la conservación y el uso sostenible de los bosques, en especial de los Bosques Primarios, los últimos bosques vírgenes del planeta.

Primera edición: enero, 2013

© 2013, Juan Jacinto Muñoz Rengel  
© 2013, Random House Mondadori, S. A.  
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Printed in Spain – Impreso en España

ISBN: 978-84-01-35357-4  
Depósito legal: B. 28.706-2012

Compuesto en Fotocomposición 2000, S. A.

Impreso y encuadernado en Unigraf  
Pol. Ind. Arroyomolinos, 14  
28938 Móstoles

L 3 5 3 5 7 4

*Una vez más, a Ada,  
que sostiene cada una de estas líneas*

*Vita enim mortuorum in memoria vivorum  
est posita.*

Porque la vida de los muertos consiste  
en la memoria de los vivos.

MARCO TULLIO CICERÓN,  
*Filípica IX*

**T**ení a miedo de salir a la calle. Y tenía miedo de quedarse allí solo, en aquella casa, en casa. Por esa razón había invitado a cenar a unos compañeros de trabajo. Pero había cerrado la puerta de la entrada dando una doble vuelta y no encontraba la llave. Ahora no podría salir. Tampoco nadie iba a poder entrar.

No era de extrañar que la hubiera perdido. Aquella misma mañana había estado reordenándolo todo, porque últimamente las cosas no estaban donde debían estar. Nada lo estaba. Apenas se hubo despertado, después de otro sueño intranquilo, no había terminado de recorrer el pasillo cuando se quedó ensimismado observando el salón, sintiéndose un extraño en su propio piso. Y a continuación se vio dominado por la necesidad de cambiar de lugar todo lo que alcanzaba su vista. Reemplazaba unas por otras todo tipo de cosas, el reloj del segundo estante por las figurillas de terracota, los altavoces del equipo de música por sus réplicas arqueológicas, y aunque los libros de historia quedaran tan comprimidos como en una prensa de reciclar papel, eso no le impedía tratar de volver a organizarlos si había creído advertir también algo anormal en el orden que seguían. Escondió el revistero entre la mesita pequeña y la chaise longue del sofá, en

parte para dejar de ver en todo momento aquella portada de la revista *Science*, con el primer plano de un niño oriental afectado por la nueva pandemia que asolaba el este de Asia. Había bajado las persianas, para que no entrara aquella luz del sol, aquella luz tan blanca y desoladora como la radiografía de una neumonía. El aire acondicionado estaba a su máxima potencia, y el piso tenía cierto aire a vivienda media de ciudadano medio conservada en cámara frigorífica. Cuando reformó el piso familiar quiso transformarlo todo, no quería dejar ningún vestigio de la vida anterior, de las vidas anteriores, y tardó un tiempo en darse cuenta de que ahora la casa carecía por completo de calidez. Pero eso en realidad no era lo que le preocupaba. No, era otro malestar el que lo mantenía en aquel continuo estado de desasosiego, mezcla de angustia y de excitación. Redistribuyó las lámparas y los puntos de luz, retiró la alfombra que había debajo de la mesa de centro y trajo una maceta de la cocina y la puso en la estantería, junto a los libros; trató de combinar de todas las maneras posibles la maceta y los libros. Y tras varias horas de tarea frenética, lo había vuelto a colocar todo como estaba al principio. Antes del mediodía, todo estaba de nuevo en su sitio y las cosas seguían sin estar donde debían estar.

No sabía si en algún momento de aquel proceso había escondido la llave. A veces, esconder las cosas es perderlas. Y ahora había quedado atrapado en la trampa de su propio refugio.

Si nadie iba a poder entrar, debía avisar a sus invitados.

Caminó por el pasillo en semipenumbra. Sólo se oían el zumbido del aire acondicionado y los crujidos de sus pasos sobre los listones de madera. La tarima del suelo era original de la casa, no la cambió cuando hizo la reforma, sólo mandó lijar los tablones; como en su vida: todos los cambios se limitaban a una leve remodelación exterior. Se detuvo cuando llegó al dormitorio.

rio. Antes de entrar puso la mano derecha sobre la superficie de la puerta, como si quisiera tomarle el pulso, y comenzó a susurrar algo entre dientes. Le había cogido pánico al dormitorio. Pero por poco que le gustara, el teléfono estaba allí dentro. Finalmente entró, se sentó en la cama y marcó.

—Te llamo por lo de esta noche. Me temo que no va a poder ser.

—¿Qué ocurre, Xavier? ¿Ha habido malas noticias?

—No, no es nada de eso.

—Entonces, ¿no hay novedades?

—No, nadie me ha llamado del hospital. Es sólo que he perdido las llaves de mi casa. Me he quedado encerrado y como se acerca la hora, y aún tenía que salir a comprar varias cosas, he pensado que lo mejor sería llamaros para anularlo.

—No te preocupes. Me encargaré de avisar a los demás. ¿Tú cómo estás?

Él permaneció en silencio, con la mirada perdida en las sombras de la habitación.

—¿Cómo te encuentras, Xavi? —insistió ella.

—No me encuentro en mi mejor momento, la verdad.

—Ánimo, seguro que todo sale bien. Estoy convencida de que todo saldrá bien.

—No, no es por eso, Helena.

—Vamos, no te hagas el duro. Es normal que estés afectado.

—Te digo que no es por lo de mi padre. Claro que me afecta la situación. Pero hay algo más... Dejémoslo, ¿quieres?

Colgó y, manteniendo la mano todavía sobre el auricular, contó hasta diez, despacio. Tuvo que hacerlo, porque de repente se sintió mucho más solo en la casa.

Podía notar la respiración desacompañada. Encendió el televisor con el mando a distancia y el sonido estalló de golpe en la

quietud del dormitorio. Dos hombres se perseguían sobre motos de gran potencia, intercambiando disparos. Por un momento, el que huía pareció despistar a su perseguidor, pero al doblar una esquina se encontró de improviso con un enorme camión cisterna y se empotró contra la parte baja del chasis. Con aquella imagen aún en la retina, Xavier apagó la televisión. Sentía cómo todo le afectaba por encima de su nivel de tolerancia habitual.

Se levantó y fue hasta el baño. Trató de serenarse. No había nada que temer. No iba a venir nadie a rescatarlo, pero él sabía quién era. Se colocó en posición de firmes delante del espejo, casi se cuadró. Luego se quitó la camisa. Sabía quién era. Sabía que tenía una cicatriz detrás de la oreja, una cicatriz limpia y curva, que le bajaba dulcemente hasta el cuello y que cuando era niño pudo haberle costado la vida. Sabía que en la aspereza rugosa de su codo izquierdo se ocultaba un pequeño quiste de grasa, y que encima de su pezón derecho se alineaban dos lunares grandes, en relieve. Xavier comprobó que todo estaba ahí. Con el dedo índice de la mano derecha trazó sobre su cuerpo el recorrido de los signos de su identidad, al tiempo que seguía el movimiento sobre el espejo con el mismo dedo de la mano contraria. Y los signos de su cordura también estaban allí: recordaba los nombres y apellidos de su padre, y los nombres y apellidos de sus abuelos; podría citar de memoria todas las direcciones en las que había vivido, con detalles, incluso con los códigos postales; recordaba cómo se llamaba su exmujer, su nombre, sus apellidos, los lugares que habían compartido, tenía sensaciones vívidas de los momentos que habían pasado juntos; y el nombre y los apellidos de su hijo, y la cara de su hijo. Sabía quién era. Sin duda. Y aunque estuviera allí encerrado, a solas consigo mismo, no había nada que temer.

Se dirigió hasta la entrada del piso. Miró la puerta, más por buscar una asociación que le llevara a recordar dónde había puesto la llave, que por pensar siquiera en forzarla. Aunque no lo parecía a simple vista, era una puerta blindada de acero. Tenía un multicerrojo de seis pernos, con mecanismos de anclaje arriba y abajo. Incluso disponía de un sistema de autodestrucción de la cerradura en caso de que detectara que estaba siendo manipulada. Así se lo dijeron cuando la compró, un sistema de autodestrucción. De modo que no había manera de salir de allí sin la llave. Dónde la habría escondido. Dónde. A veces, esconder las cosas es perderlas. En demasiadas ocasiones lo que nos protege es lo que nos hace cautivos.

Él no estaba escondido. De lo que huía lo encontraría en cualquier parte. Estaba perdido.

**E**ra una noche sucia, ventosa. Sobre el cielo pesaban unas nubes grises, a las que el trasluz de la luna llena confería una consistencia de piedra. En la tienda de la gasolinera apenas había cinco personas, además de los dos dependientes. Dentro del establecimiento la gente guardaba una sola cola. Una joven llevaba abrazadas una botella de refresco light y una bolsa de snacks, como si sus compras pudieran protegerla. Un señor acababa de sacar la tarjeta de crédito para pagar la gasolina, y la mantenía oculta en el hueco cóncavo que formaba con la palma de su mano, mientras permanecía mirando al frente. Una mujer agarraba su bolso con un brazo y la mano de su hijo con el otro, apretando ambos contra su pecho. Era un niño pelirrojo, que lloriqueaba porque la madre no le había comprado un muñeco equipado con armas de exterminio. En la caja de la izquierda, uno de los dependientes atendía a los compradores. En la terminal contigua el otro no hacía avanzar la cola, porque estaba contándole a su compañero una anécdota protagonizada por un amigo que era agente de policía local. La anécdota era violenta; no obstante, los jóvenes parecían divertidos.

En el establecimiento entró otro hombre. Al abrirse las puertas de cristal automáticas una corriente de aire frío se

coló desde la calle, junto con ruido de tráfico. La expectación de una ciudad enferma. Las puertas se volvieron a cerrar, dentro estaba encendida la calefacción y había un cambio de temperatura de casi veinte grados. El hombre no miró ninguno de los productos que se alineaban en las estanterías. Se dirigió directamente hacia la cola, sin embargo no se situó al final, sino a uno de los lados. Vestía una chaqueta de pana color canela, con los ojales y los bolsillos todavía sin abrir, aunque muy arrugada, como si llevara varios días durmiendo con ella. Parecía mirar a algún miembro de la cola a través de unas gafas de pasta oscura, pero lo cierto era que su mirada traspasaba los cuerpos y se extraviaba en algún punto indefinido de la tienda. La mujer apretó aún más contra su pecho el bolso y la mano de su hijo, que aprovechó la reacción de la madre para aumentar sus gritos de protesta. El hombre que acababa de entrar tenía los hombros hundidos, los brazos caídos junto al cuerpo y las manos extrañamente crispadas hacia fuera.

—¿Necesita algo? —le preguntó el dependiente que estaba contando la anécdota.

El hombre permaneció inmóvil todavía un instante. Luego, sus pupilas parecieron volver a enfocar la realidad. Movi6 la cabeza, se aclar6 la garganta y dijo:

—S6lo quer6a un poco de agua.

—Las botellas de agua mineral est6n en ese expositor —le contest6 el joven y se6al6 con la mano sin mirar hacia el expositor, s6lo al hombre. Despu6s a6adi6—: No servimos agua del grifo.

Su compa6ero afl6 una sonrisa. La cola avanz6. Los clientes que pagaban su compra parec6an ansiosos por salir de all6. El hombre camin6 hasta el refrigerador de las bebidas, cogi6 una

botella de agua pequeña y regresó a la fila. La mujer y su hijo pelirrojo quedaron delante del hombre. El lloriqueo del niño cada vez se hacía más insistente y agudo.

—Como no te calles... —le dijo la madre, con el mismo tono apático con el que le acababa de pedir al dependiente que le cobrara la gasolina del puesto número seis.

Cuando el hijo oyó el dinero tintinear sobre el mostrador y vio los billetes y las monedas, chilló aún con más fuerza. Había adivinado que su oportunidad estaba a punto de escaparse definitivamente. Su aullido se alargó de una manera monocorde y exasperante, y parecía no tener fin.

—Calla —repitió la madre en un susurro, como si tuviera miedo de que alguien reparara en ellos, o de que alguien reparara en su ineficacia. O de hacer enfadar al niño.

Pero el crío, lejos de obedecerla, comenzó a dar tirones del brazo de su madre y dejó caer todo su peso muerto hacia abajo, como si colgara de una liana. Entonces el hombre puso una mano sobre el hombro del niño, lo giró hacia sí y le dijo:

—Niño.

El crío perdió por un segundo la concentración en su llanto, para buscar la cara del desconocido y mirarlo a los ojos. Sorbió una nariz pecosa, se metió el dedo en uno de los orificios, y poco a poco comenzó a abrir de nuevo la boca para seguir gimiendo. Antes de que pudiera hacerlo, el hombre tomó impulso con el antebrazo derecho y lo abofeteó con todo el dorso de la mano. El chasquido adquirió una contundencia sólida en el silencio de la tienda.

—Pero ¿qué hace? —gritó la mujer, dando un paso atrás con su hijo y cubriéndolo con los brazos. En sus ojos había más miedo que indignación.

—Lo siento —dijo él.

La mujer miró a los dependientes. Los rostros de los jóvenes estaban lívidos y sus movimientos en las cajas registradoras habían quedado congelados. Ninguno de los dos parecía capacitado para volver a moverse.

—Lo siento, no pude evitarlo... —repitió—. Tendría que haberlo hecho usted.

Otro cliente, que venía de un pasillo entre las estanterías, había dejado en el suelo una bolsa de hielo y comenzaba a marcar un número en su teléfono móvil. Se dirigió a él:

—Pero no lo hizo ella, amigo. Y si lo hace usted es una agresión a un menor.

El hombre de la chaqueta de pana comprendió que aquel individuo estaba llamando a la policía.

—Sí —murmuró—, he agredido a un puto menor de los cojones.

Se acercó al mostrador, apartando a un lado a las personas que tenía delante, se buscó en los bolsillos y soltó unas monedas sobre el tapete de goma con el logotipo de la compañía gasolinera, sin mediar palabra con ninguno de los dependientes. Luego, dando unas zancadas nerviosas, salió del establecimiento. En ningún momento, desde que le diera la bofetada, el niño dejó escapar una sola lágrima ni volvió a llorar.

El hombre había aparcado su moto a pocos metros de la puerta, un modelo BMW R 1200 R color gris granito. Se subió a la moto, giró la llave de contacto y dejó atrás la gasolinera. Había empezado a caer una lluvia débil, pequeñas motas ingravídas iluminadas por una luz plateada. Al otro lado de los cristales, todos los que quedaban dentro de la tienda aún seguían la luz de su faro con la mirada.

Después del incidente en el establecimiento, el hombre empezó a conducir sin rumbo. Continuaba sin encontrarse bien.

Se sentía desorientado, fuera de control. Probablemente por eso, apenas desembocó en una de las avenidas principales de la ciudad, se vio asaltado por la necesidad de poner a prueba la potencia de la moto. Como si compitiera consigo mismo, inició una serie de carreras contra nadie a más de doscientos diez kilómetros por hora, por encima de las líneas continuas que dividían en dos la avenida. A uno y otro lado, las imágenes reflejadas en las fachadas de espejos de los edificios se convertían en haces de luz, como partículas radioactivas en un órgano sometido a un centellograma. Los pocos transeúntes que aún rondaban la calle a esas horas se detenían a observarlo, mientras el hombre rogaba por que ninguno de ellos apareciera de la nada y se cruzara en su camino; aunque no fue eso lo que en todo momento deseó. Por fin, terminó por aburrirse. Entonces condujo hacia el distrito norte y ascendió hasta la formación montañosa que hacía de límite natural de la ciudad. Se internó en carreteras oscuras, cada vez más asediadas por el bosque, que parecían querer tragárselo en un laberinto interminable. El viento movía la fronda de las ramas y producía un sonido extraño. Él no se dejó amedrentar por ningún laberinto infinito. En cambio, en la alta madrugada, a una hora que no sabría determinar, a uno y otro lado de la carretera, pudo distinguir con horror rostros humanos emergiendo entre las formas que componía la espesura. Las caras, alargadas y contrahechas, tenían un tamaño dos o tres veces superior al normal y abrían sus bocas con el rictus de los desahuciados, estirando hacia el frente unas fauces salvajes. Podía diferenciar con claridad dos tipos de rostros, los que pertenecían a su mundo y los que no. Los de un lado de la carretera simétricamente enfrentados a los del otro.

Poco antes del amanecer, la moto regresó a la ciudad, circulando con lentitud. Entró en una amplia rotonda de edificios

señoriales de quince plantas, con una enorme fuente de mármol de aristas cortantes en el centro, y se detuvo a la altura de un luminoso de color verde en forma de cruz.

La farmacia de guardia tenía las correderas metálicas echadas hasta el suelo. A través de un hueco recortado sobre una de las persianas asomaba una ventanilla dispensadora, reforzada con cristales antibalas. El hombre llamó con los nudillos. No acudió nadie. Se quitó los guantes, y volvió a llamar con más fuerza. Tenía las manos amoratadas por el frío. En la parte superior de la ventanilla, tras el cristal, había una pequeña cámara grabándolo todo. Se encendió un cigarrillo y esperó casi un minuto hasta que apareció una joven, abrochándose una bata blanca y mirándolo con desconfianza.

Le preguntó si tenía algo para dormir.

—¿Un tranquilizante o un somnífero? —dijo la mujer, y se comenzó a recoger el pelo con una gomilla—. ¿Tiene receta?

—No. No tengo receta. Deme lo más fuerte que pueda darme sin receta.

—Le tengo que cobrar por adelantado.

—¿Cómo por adelantado?

—Quiero decir, antes de hacerle entrega de los medicamentos.

—Me parece estúpido. No pensaba salir corriendo.

—¿Pagará en efectivo o con tarjeta?

—Con tarjeta.

—Necesitaré su DNI, ¿lo lleva encima?

—Claro que lo llevo encima. ¿También lo quiere ver por adelantado? Aquí lo tiene.

El hombre sacó su documento de identidad de la cartera, agarró el asidero del cajón que había debajo de la ventanilla, tiró de él y depositó el carné sobre la bandeja. El carné apareció al otro lado.

—¿Es usted André Bodoc?

—Pues claro que soy André Bodoc, ¿quién si no? ¿No parece André Bodoc?

En la fotografía del documento de identidad el hombre no tenía el pelo tan blanco como ahora, ni tan largo. Tampoco llevaba las mismas gafas de pasta oscura que usaba ahora. La chica miraba a uno y a otro como buscando similitudes y diferencias. Luego, se dio la vuelta y se adentró en el almacén.

—¡Espere! —la llamó él. Había olvidado decirle algo importante—: Deme lo que sea para dormir, pero sin sueños. Quiero dormir sin soñar.